

pósito de su biografía al modo cómo nació y qué tema desarrolla *La brizna de paja en el viento*: un movimiento revolucionario cubano bajo la dictadura de Machado.

Del mismo modo que he denominado estas páginas «Rómulo Gallegos o el duelo entre barbarie y civilización», muy bien pudiera del mismo modo haberlo hecho con el de «Rómulo Gallegos, novelista total». Lo es de su país, ya que su obra abarca todos los supuestos étnicos y terrígenos de Venezuela. Es Gallegos en este sentido un gran novelista épico (*Doña Bárbara*, *Canaima*) dotado de intensa emoción lírica (*Cantaclaro*). Es también un magnífico estilista, dominador absoluto del castellano. Esto último, por más que parezca curioso, suele ser rasgo común a todos los grandes novelistas hispanoamericanos.—
JOSÉ ANTONIO GALAOS.

PRESENCIA DE ALBERTI EN PARIS

Si no fuera porque recibí un telefonazo de mi exquisita amiga Flora P.—«¿Sabe usted, Ory, que esta noche habla Alberti en el Instituto de Estudios Hispánicos? No deje de ir...»—, en verdad que no me hubiera enterado de la noticia. Salgo poco de casa y ahora estoy a régimen de periódicos. No tengo tiempo de leer... a tiempo fijo. ¡Conque Alberti en París! No es nada nuevo. Hasta es un suceder crónico. Pero es un acontecimiento. El solo nombre de Alberti despierta en los ánimos un fulgor y su presencia en París levanta cada vez un revuelo. No se trata únicamente de un español de marca, ni siquiera de un poeta eminente. Es un viajero que tiene la *vedette* ante un público puesto al corriente. Ante todo es un espectro a caballo entre dos mundos. Un espectro entre dos poesías. Es un fantasma que da miedo. El fantasma de la poesía española. Pero esos dos mundos no son sólo geográficos; son también temporales: el mundo de ayer y el mundo de hoy. Alberti es un poco el sosia de Lorca. Verlo deambular sobre la tierra, tan histórico ya, tan biológico de existencia, con su «maldición» a cuestas (esto es, su poesía), acaba por resultar extraño. Es actual y anacrónico al mismo tiempo. Es un paso extraordinariamente vivo, aunque remoto. Alberti parece remoto a causa de su soledad, como si se le hubiera muerto el hermano gemelo. Es que lleva veinticinco años con su biografía sola, inconclusa, separado

de su pareja. Porque la presencia de Alberti acarrea consigo misma la ausencia de Lorca.

Años pasados también me comunicaron la misma noticia, igualmente un mes de noviembre. Pensando que iba a haber mucha gente en ese café de Montparnasse, donde era la cita, no fui a verlo. En efecto, hubo mucha gente, se me dijo. La «mucha gente» me atolondra. Y aunque considero beneficiosa la *cura de montón*, no me decidí a inyectar gotas de colectivismo a mi aislamiento laborioso. Por otra parte, enfrentarme con Rafael Alberti, cerca ya de mis cuarenta años, verle la cara por primera vez, suponía un esfuerzo para mí. El esfuerzo de situarme también yo en la historia. Me negaba a verme, a vernos como páginas. Los dos somos de Cádiz y a los dos nos inspira terriblemente el mar. En igualdad de condiciones, hijos de la poesía, es incuestionable que yo vengo después que él y, lo que no puede olvidarse así como así, que él me maravilló; me maravilló tanto o más que el mismo Lorca. Así que la otra vez no fui y me evité de sufrir complejo de pequeñez frente a los grandes.

Pero esta vez he ido. Impulsado por la curiosidad y otros factores más nobles, he estado a las nueve de la noche donde podía verlo y escucharlo. Mis motivos personales eran tres: verlo físicamente por primera vez en mi vida, percatarme de su elocuencia y, finalmente, el más profundo de los motivos: el hecho de nuestra cuna común, la palabra Cádiz. Entre Lorca y Alberti, en mi adolescencia, yo me dejé influir automáticamente por el poeta de Andalucía la Alta y nunca me influyó, que yo sepa, el poeta de Andalucía la Baja. Pese a esta selección temperamental de lo estético, puedo asegurar mi fidelidad sin revisión a la línea albertiana que va de *Marinero en tierra* a *El alba de alhell*, sus primeros tres años de poesía clásica como el mismo mar de nuestra bahía. *Cal y canto*, *La amante*, en fin, la poesía azul, o hasta diría celeste, de Rafael se me entraba en las venas. Hicieron mis delicias porque la vena marina y clásica como el azul del mediodía gaditano de esa poesía sin énfasis y con fasto andaluz tenía mucho que ver con el *genius loci* y con mi propia sangre lírica. He aquí todo cuanto me unía a Alberti desde los tiempos remotos de mis comienzos.

La presencia de Alberti en París, donde yo habito, era en mi fuero interno un compromiso con lo remoto. Me acordé que había yo sido joven, y me vi, me vi viejo. Mis condiciones de vida, de trabajo creador, mis nuevas vías, no me permitían anegarme en sentimentalismos. No obstante, armado de una nostalgia legítima, me encaminé a la calle Gay-Lussac la templada noche de ayer (1) y me detuve en el

(1) París, 16 de noviembre de 1961.

número 31. Imposible dar un paso hacia dentro. ¡Ya está! Me lo figuraba..., «la mucha gente». Vi la casi imposibilidad de poder entrar; tanto júbilo estudiantil, impaciente y mudo, sin embargo, se amontonaba en el *hall*. La gran mayoría eran muchachas francesas que sabían hablar nuestra lengua. Había, claro es, españoles. Pero dominaba el sonido español sin acento ruidoso, con el acento de la lengua aprendida y la entrega cordial a lo hispano, el lujo universal de hablar español y la desnudez entusiasta de la cultura de una lengua. «¿Qué pasa?», pregunté a diestro y siniestro. «Que no cabe más gente.»

Entonces sentí la fuerza de mi preponderancia inequívoca en tanto que gaditano y poeta; sentí mi progenitura y, sin mover más los labios, no dudé un momento. Entré en movimiento entre la juventud ávida de paso, bien que imposibilitada de conseguirlo *por las buenas* y resbalé, sin brusquedad, fácilmente, ¡oh prodigio!, hasta un espacio libre de cuerpos. Se me abrió paso como ocurre siempre que uno se decide, seguro de que sí, a quemar los obstáculos, viendo el camino expedito, como si uno fuera en realidad, oficialmente, un personaje importante, aunque anónimo y al que no hay que pedirle cuenta de sus actos. No tardé en darme de narices ante otra puerta encombrada de humanidad, a través de la cual pude advertir el amplio salón de conferencias iluminado y, oh sorpresa ingenua, de bote en bote. Ahora bien, yo no podía quedarme allí de mirilla, venga a empinarme y con el cuello estirado. Esta contingencia es la mera descripción del ambiente que reinaba minutos antes de comenzar el acto. Penetré como Pedro por su casa, y ahora se presentaba un nuevo problema: dónde colocarme. La falta de espacio vital ofrecía a los ya normalmente instalados el espectáculo familiar de la acomodación improvisada. Había en el recinto, en espera del orden y del comienzo de la sesión, un aire de familia, un contento sintomático, específico, de fiesta íntima, privilegiada, casi privada. ¿Dónde colocarme sin molestar a nadie? Afortunadamente, mi anonimato frente al estudiantado francés se vió compensado por las amigables señales dispensadas por algunos de mis compatriotas, quienes, sin dejar de saludar, no se movían de su sitio. Total, que me senté al borde de la tarima catedralicia, apoyado contra la mesa, aún vacía de conferenciante, al lado de mi amigo el pintor Pelayo, ambos de cara al público.

A poco entró Rafael Alberti escoltado por sus dos jóvenes traductores franceses. Los dos hispanófilos y traductores especializados, ya que no exclusivos, de la poesía y el teatro de nuestro autor. Se sentaron él y, a ambos lados, ellos; a su derecha, Claude Couffon; a su izquierda, Robert Marrast. Inmediatamente comenzó la sencilla ceremonia. La expectación, mezcla de interés y curiosidad, de culto

y alegría, al aparecer el poeta y tomar la palabra se convirtió rápidamente en respeto, silencio palpitante y atención vivísima. Aquella reunión, extrañamente seria y campechana, estaba, por supuesto, exenta de protocolos académicos. Era un poeta mayor, un español mayor, «un poeta vivo», y se estaba escuchando su voz. No su «voz», como se dice, del mensaje y del timbre propios a una obra continua y ya clasificada, sino su voz paladial, la voz de la boca, el sonido de palabras con sus inflexiones diarias, su caudal acostumbrado de habla personal, sin cuentos. Consistía la velada en ser interrogado el poeta sobre su vida y su obra; la primera parte del acto, por Couffon; la segunda, por Marrast. En el intervalo hubo la oportuna y cansadora firma autógrafa en la primera página de los libros que los estudiantes tendían al autor. La mayoría, muchachas. Alberti firmaba sus obras, ¿tenía tiempo para florecitas? Yo no me fijé en eso cuando hablaba con él y me miraba, sin dejar de firmar al buen tuntún.

Los utensilios indispensables a la conferencia-interviu, encima de la mesa, consistían en objetos visibles y pertinentes: dos vasos de agua, micrófono, volúmenes de las obras del poeta. Una mesita vecina ocupada por el magnetofón, auxiliado por un operador. Se veía que el poeta sentíase satisfecho del gran recibimiento. No se trataba de éxito. Respecto de él, aquel auditorio cautivado era, no sé, una recompensa, un calor humano, un fruto del mérito individual. Era bueno de ver y de sentir, sin duda. Y a ellos venía él a contar su historia. No había más remedio que contarles su historia, su autobiografía oral.

Estuve observando (por fin me senté en la primera fila gracias a la gentileza de mi amiga Flora), observando estuve la magnífica serenidad del poeta allí sentado, impasible, y hablando, buscando la expresión y hallándola, fácil, pero grácil, nada elocuente, casi balbuciente. Tranquilo y metido en faena, con corazón, con la soberanía de su gracia regional que ningún argentinismo puede mellar. Era el hombre de siempre, con el prestigio del exilio en los años y con su fama intrínseca, que viene de lejos, que es fama de poeta sin más, valorada con sello oficial en el mundillo universitario, tras haber sido incluido en los programas de curso de literatura española.

Allí estaba, hablando por los codos, entusiasmándose, perdido en el hilo de sus recuerdos, siguiendo el hilo sin armarse un lío. Contando la verdad sin cuentos, sin odios, sin regocijo vanidoso. Los consecutivos estallidos de su abierta sonrisa, transfigurante sonrisa de niño travieso, modesto y como miedoso de felicidad, me daba la medida de su celebridad. Un hombre que ha escrito tanto, y tanto viajado y en tantas historias y antologías metido, ese trabajador de

su perennidad, llega a París, aparece y desaparece. Se nos acerca su presencia; viniendo de lejos, llega... hasta Francia.

Me dió la impresión de un hombre sencillo, al cabo de la calle, viajero del mundo ya, y todavía joven, vital, sanote. Dándose cuenta, eso sí, de que era el centro, agradeciendo sin empaque el ser rodeado, enemigo de las solemnidades, espontáneo y rico de gracia natural. De modo (pensé) que éste es el Rafael Alberti de mi niñez. Pues sí, y la verdad que nunca lo había visto ni me acordaba de su cara por los retratos, si los había visto alguna vez. Cosa increíble, no me acordaba de haberlo contemplado en imagen, salvo muy vagamente en alguna cubierta poco neta de Losada. Guarda en su fisonomía de artista trotador de caminos una juventud espiritual que lo hace semejante *a él mismo*; quiero decir que lo identifica con el poeta *sui generis*. Sólo que poeta al natural español, andaluz, carnoso, carilleno, limpio, claro, lleno de casta. Tiene cara de cartujo bonachón con un mucho de humanidad enriquecida por la experiencia de las luchas. Cara del artista bastante exhibido que jamás vivió en torre de marfil.

Alberti, lo he comprendido ahora mejor que nunca, es el anti-Rilke y está al lado del hermetismo preciso de Mallarmé, Eluard y de la pasión terrestre, populosa, de un Walt Whitman. Pues como dijo en su conferencia de anoche, lo que a él le gusta es concretizar el fantasma y no diluirlo en vaporosidades. Su afán es precisar y dar contornos a lo oscuro. Por eso se detuvo tanto a explicar la verdadera significación de sus ángeles de *Sobre los ángeles*, ya que sabía muy bien que los estudiantes de agregación de español iban a estudiar este año, según lo señalaba el programa, su famoso libro. En cuanto a los estudiantes de la licenciatura de español, el programa indica «Marinero en Tierra». Dijo, pues, lo que eran sus ángeles, seres vivientes y no íconos. Aclaró por qué había un ángel feo, otro tonto, otro en ruinas, y así, deseando que ahora, que han pasado años, se vea y se comprenda su espíritu de lucidez y lo que literalmente representan esos ángeles suyos como representaciones que son de una época conturbada, de crisis, de confusión, antes que seguir viendo entelequias estéticas de retorta. Esta última frase es mía, interpretando, porque Alberti no usa la menor retórica en lo que va diciendo. No es elocuente ni falta que le hace. No es resabiado ni posa hablando. Al contrario, es pura espontaneidad. Habla como todos los días, y aunque dice, como lamentándolo, que no tiene voz, la gente le escucha mirándolo embobada, todos los ojos convergen, imantados, a la cabeza parlante. Tanta es su sinceridad, su gracia natal, su ángel. A cada rato hace reír y eso que no tiene ni la menor pinta de cómico. Es que cuenta las cosas con naturalidad, con añoranza infinita. Y conmueve. Debíó de ser tímido en otro tiempo y yo casi lo noto.

He visto la unidad andaluza y española de Alberti en sus gestos y palabras, en su abierto y claro carácter, en su fina dignidad, en su sano donaire, extraño a la extravagancia. Nombró una vez a Dalí diciendo: «un fantoche que tiene talento», lo que muestra que su fama madura lo ha colocado en su sitio como hombre poco literario. Fué muy gracioso cuando dijo, refiriéndose al día que recibió la noticia (viendo por casualidad la prensa) del premio Nacional que se le concedió a los veintidós años, gracias al voto positivo de Antonio Machado: «Con el periódico en la mano, en ese momento se me quitaron todos los complejos.» De modo que los tenía, como no importa quien que, con fibras sensibles, pierde, por culpa de su carácter o de su idiosincrasia, los derechos que su personalidad, esto es, sus talentos, le confieren ante la sociedad.

Yo no he querido ver en esta conferencia—que podría llamarse mejor que «autobiografía» una «Lírico-grafía» de las suyas—, no he querido ver otra cosa que lo que a mí me importa personalmente: el valor del hombre, aparte del valor de su obra. Definido ha sido el poeta como *vir bonus*. Yo digo: «Hombre primero, poeta después.»—CARLOS EDMUNDO DE ORY.

UN AMBIENTE DE TANGO TRASCENDIDO

En estas sumamente elogiosas palabras—ambiente de tango trascendido—radica para nosotros el máximo interés de la novela de Adolfo Bioy Casares *El sueño de los héroes* (1), héroes de lenocinios e infamantes madrugadas, pero héroes que sueñan y trascienden lo cotidiano popular. Para seguir hay que ponerse primero de acuerdo en lo que es el tango, contemplado desde este otro lado del Atlántico. Nuestros elementos de juicio son más sentimentales e instintivos que eruditos. A una ancha experiencia auditiva han venido a sumarse determinadas conversaciones con argentinos enterados, algún que otro trabajo literario (el polémico *Tango, canción de Buenos Aires*, de Ernesto Sábato, por ejemplo) y, fundamentalmente, el firme convencimiento de que las manifestaciones cantoras populares de las razas inciden en una suerte de cánones similares, por manejar todas ellas esos eternizables elementos directamente devengados de la peculiaridad geográfica y ayuntados a través del espacio, en la imaginación de un escritor, precisamente por la autenticidad de las fuentes, por la

(1) Editorial Losada. Buenos Aires.